



Reseñas

Infantes, Víctor; Lopez, François y Botrel, Jean-François (eds.). *Historia de la edición y de la lectura en España. 1472-1914*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003. 860 págs.

La historia del libro y la de la lectura, como la historia en general, no está constituida por una serie de hechos agrupados en etapas que se suceden unas a otras sin transición. Se trata más bien de un conjunto de procesos, a veces lentos, que suelen superponerse y cuya reconstrucción exige mirar desde diferentes puntos de vista y atender a múltiples factores sin partir de ideas preconcebidas. Este es el objetivo que recorre la *Historia de la edición y de la lectura en España. 1472-1914*. Sin desconocer las dificultades que implica escribir esta historia, los editores buscaron, en primer lugar, presentar diversos aspectos de la industria editorial española desde una perspectiva interdisciplinaria e indagar por sus actores. Al mismo tiempo, se plantea la pregunta por la lectura, que se considera asociada a las transformaciones históricas del libro. Se habla de dificultades no sólo por el amplio periodo en que se han rastreado las transformaciones y los momentos significativos de la edición y la lectura en España, sino también por los diferentes obstáculos señalados por buena parte de los autores; sobre todo cuando se trata de las épocas más lejanas en el tiempo, la falta de fuentes suficientes y la imposibilidad de confiar totalmente en las que existen (inventarios *post-mortem*, testamentos, catálogos de librerías y bibliotecas, memorias, entre otros documentos) impiden llegar a conclusiones definitivas. Es por ello que resulta importante la participación en el proyecto de profesionales provenientes de diferentes áreas como la literatura, la filología, las bellas artes y la historia. Cada uno desde su campo particular de investigación contribuye al objetivo propuesto por los editores, esto es, que los lectores conozcan “los pormenores históricos de la apasionante aventura de ver convertido el pensamiento en libro, que éste sea editado y difundido para llegar a unos lectores, que con su lectura, están reinventando continuamente y a lo largo de más de cuatro siglos esa palabra tan llena de otras muchas palabras, que es la cultura” (3).

Los más de cuatro siglos abarcados en esta historia motivaron su división en tres momentos, cada uno de los cuales constituye una parte del texto. El primero, que va de 1472 a 1680, se remonta a la

primitiva imprenta española y los primeros impresos incunables para luego atender a la progresiva formación de una cultura impresa debida a la difusión masiva del libro en Europa y el Nuevo Mundo. El segundo, desde 1680 hasta 1808, toma como punto de partida la introducción de la filosofía y la ciencia modernas en España, que en el campo político se traduce, ya en el siglo XVIII, en la monarquía de los Borbones, más cercana a un estado-nación moderno, y llega hasta el levantamiento español contra la invasión de Napoleón. El “trastorno político y también cultural” que tiene lugar en este periodo es considerado en sus implicaciones sobre la edición y la lectura. El último momento contemplado va de 1808 a 1914, cuando se asiste a la mecanización progresiva del proceso de edición y una mayor difusión del impreso motiva la aparición de nuevos lectores y nuevos hábitos de lectura. A continuación se busca precisar algunos de los aspectos contemplados en cada sección.

La primera parte, bajo la dirección de Víctor Infantes, se divide en los capítulos “El manuscrito y el libro”, “La producción editorial”, “Las bibliotecas”, “El lector y los grupos lectores” y “La lengua y las tipologías de la lectura”. A partir de los artículos que integran estos capítulos vale la pena destacar, en primer lugar, que la aparición de la imprenta en España a finales del siglo XV no representó la desaparición inmediata del manuscrito, pues cierto tipo de textos siguió encontrando en él una vía ideal de transmisión. Es el caso de la poesía que, dadas sus constantes reelaboraciones, precisaba circular primero en manuscrito antes de su versión definitiva, ya impresa. Además, explica Manuel Sánchez Mariana, no todos los textos obtenían una fácil licencia de impresión, como la novela caballerescas o los textos históricos, críticos y satíricos. Otro elemento que permite comprobar cómo el impreso no marca una ruptura definitiva con la época del manuscrito es la aparición de los primeros talleres de imprentas. Tal como lo describe Jaime Moll, el taller de imprenta en sus inicios no se diferencia aún radicalmente de otros talleres de la Edad Media. Para llegar a ser un profesional de las artes gráficas a finales del siglo XV era preciso seguir un proceso de aprendizaje en un taller, bajo la supervisión de un maestro, y obtener una formación integral. La composición del texto, por ejemplo, antes de enviarlo a prensa, exigía saber leer, escribir y tener conocimientos de ortografía y latín. De aquí se deriva también el que las figuras del impresor, el editor y el librero no puedan diferenciarse completamente entre sí durante este periodo. Es a medi-

da que la cultura de la imprenta se va imponiendo, que la edición e impresión de textos se van fragmentando en saberes cada vez más especializados hasta poder llegar a concebirse como un proceso industrial ya en el siglo XIX.

Entonces, los cambios se suceden lentamente, pero es indudable, como menciona Víctor Infantes, el hecho de que la aparición del libro y de otras formas editoriales marcó el inicio de nuevas formas de representar el mundo y de ubicarse dentro de él. Un ejemplo que permite comprender este hecho es el desplazamiento gradual del concepto de autoridad, propio de la Edad Media, por el de autoría entendida en sentido moderno. De acuerdo con Pedro Ruiz Pérez, nos hallamos aquí frente a la conciencia de que el texto genera su propia autoridad, lo cual se consolidará en el siglo XVIII, con la Ilustración. Por otra parte, estos principios de afirmación del derecho de propiedad se relacionan con el mercado formado en torno a los impresos, pues el comercio con los libros abre un sector de posibilidades económicas insospechadas para los autores y para quienes llevan a cabo los procesos de edición e impresión.

Hay que destacar que mientras algunos artículos del texto están dedicados a presentar los resultados estadísticos derivados del estudio de las fuentes (esto con el fin de mostrar en cifras aspectos como el incremento de impresos, el tipo de textos contenidos en las bibliotecas, el comercio interno y externo de libros y demás formas editoriales, el tipo de lectores y lecturas que predominaron a lo largo del periodo, etc.), en otros predomina el interés, aun en contra de la escasez de datos, por analizar ciertos fenómenos en sus implicaciones sociales y culturales. Es el caso de textos como los de Roger Chartier y Margit Frenk, en los que se indaga, respectivamente, por el concepto de lector moderno y las maneras de leer en esta época. Estos autores señalan cómo al lado de prácticas tradicionales de lectura, como la lectura en voz alta, comienza a aparecer la lectura silenciosa que, de acuerdo con Chartier, contribuyó a reforzar las denuncias sobre los efectos negativos de esta práctica, particularmente en el caso de los textos de ficción. Esto ocurre en el contexto de la proliferación de impresos tales como pliegos y hojas sueltas, dirigidos al público más amplio que comenzaba a formarse, y que irrumpen en el ámbito cotidiano.

La segunda parte del libro, dirigida por François Lopez, está integrada por los siguientes capítulos: "Edición, poder y sociedad", "Industria y comercio", "Algunas formas editoriales", "La lectura: de

las lecturas compartidas a las profesionales” y “La cultura de la Ilustración”. Resulta interesante constatar que ciertos problemas considerados en la primera etapa se mantienen aquí, aunque adquieren diferentes matices. Así sucede con las prohibiciones que pesan sobre la lectura desde la aparición de la imprenta. El temor generado por el incremento de impresos, que daría origen al *Index* a mediados del siglo XVI, perdura a lo largo de los dos siglos siguientes. Anne Cayuela explica en la primera parte que la difusión de la lectura era considerada como “un peligro social para los detentores del saber, esencialmente los religiosos y las elites” (171). Por este motivo los autores se vieron obligados a justificar sus textos en los preliminares y prólogos, y a defenderlos contra las denuncias de inutilidad. La misma preocupación persiste, como se mencionó, y se agudiza a la luz de circunstancias políticas particulares como la Revolución Francesa, que llevó a extremar la censura en España a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Así, al lado de los motivos morales o religiosos aparece, adquiriendo particular relevancia, un motivo de carácter político. De aquí que se vieran con reserva ciertos géneros literarios, así como la prensa. Dice François Lopez a propósito que:

al cambio social y a los usos de la lectura se opusieron más que en otros países los poderes, civil y religioso, los cuales desplegaron su acción coercitiva con tanto más empeño cuanto que veían asomar en la prensa periódica una opinión pública cada vez más adversa a las instituciones del Antiguo Régimen, al principio de autoridad, y a la par, en la ficción nueva, una sensibilidad y una afición a lo novelesco inevitablemente contestatarios puesto que entrañaban una rebelión contra el Padre. (272)

De esta manera se explica que los *Index*, entre otras medidas represivas, se mantuvieran incluso hasta principios del siglo XIX cuando es abolido el derecho de la Inquisición, aunque las lecturas siempre se abrían camino hacia sus lectores así fuera por medios clandestinos.

La continuidad con respecto a la primera parte también se puede observar en la situación de la mujer frente a las posibilidades de lectura abiertas por la imprenta. Si bien es cierto que en el siglo XVIII la mujer tiene mayores oportunidades de participar en la vida social y cultural, lo cual deriva en nuevas formas de comunicación y cono-

cimiento, su papel sigue siendo secundario, según afirma Inmaculada Urzainqui. Así, voces como las de Feijóo reconocen la igualdad de capacidades de la mujer y abogan por la “necesidad de sacarla de la ignorancia mediante una adecuada formación”, pero con el fin de que cumpla “mejor sus compromisos sociales y sus deberes domésticos como madre, esposa y administradora de la casa” (482).

A estos elementos habría que agregar como rasgos distintivos de esta segunda etapa un incremento significativo de lectores y lectoras. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII se habla de “una segunda revolución de la lectura en Europa”, a la cual España no fue ajena. Dentro de los factores que contribuyeron a este auge se encuentran el incremento de la producción editorial, el abaratamiento de los libros, la aparición de impresos de pequeños formatos y fácil distribución, la formación de sociedades de lectura y la proliferación de periódicos. El aumento de la producción impresa derivó en la diversificación de la oferta, factor que permitió elegir entre distintos tipos de textos a un público cada vez más numeroso y heterogéneo. Cabe anotar que, pese al papel importante que siguió jugando la iglesia en la educación y en la orientación de la sociedad, el peso cada vez mayor que cobraron la novela y la literatura popular determinó el desplazamiento de la preponderancia que habían tenido los libros religiosos.

La tercera y última parte, dirigida por Jean-François Botrel, comprende los capítulos: “El control de la libertad”, “La segunda revolución del libro y de la prensa”, “Producción y difusión del impreso”, “La lectura: discursos y prácticas”, “Los usos de la lectura” y “Antiguos y nuevos lectores”. Uno de los aspectos relevantes de esta etapa es la contradicción entre la libertad de imprenta decretada en la primera mitad del siglo XIX, que determina el aumento de imprentas y de librerías, y la censura representada por múltiples legislaciones orientadas a controlar la prensa y la literatura, particularmente las novelas, y por la iglesia católica que, como indica Botrel, sigue ejerciendo control social pese a la abolición del Santo Oficio en 1833. Nuevamente aquí, como en épocas anteriores, la legislación y la represión eclesiástica se muestran insuficientes para controlar todos los impresos y para evitar la circulación clandestina de los textos.

Pero tal vez el acontecimiento más representativo de esta etapa sea la importancia social y la amplia difusión que alcanza la prensa periódica. Inmaculada Urzainqui había señalado en la segunda parte que a mediados del siglo XVII la prensa se presenta como una

novedad a la sociedad española, dadas su vocación de continuidad y la diversificación de los contenidos. Surgió, entonces, un nuevo tipo de lector que buscaba textos “asimilables, amenos e interesantes” (379). Desde entonces comienzan también a perfilarse los periódicos como medios de construir la opinión pública, gracias a la divulgación de contenidos sociales, políticos, científicos, literarios, entre otros. Ya en el siglo XVIII, la prensa española se constituye en un vehículo fundamental para la difusión de las ideas de la Ilustración. Pero es en el siglo XIX, favorecida por los avances tecnológicos y afianzada por la institucionalización de la burguesía, cuando la prensa se convierte, en palabras de Cecilio Alonso, “en instrumento universal de comunicación llamado a modificar sustancialmente hábitos de lectura y condiciones de producción cultural” (559). En esta etapa el público lector de la prensa aumenta, incluso en sectores de la población con carencias de instrucción como las mujeres, los campesinos y los obreros, y Alonso señala el papel fundamental que juega “en la constitución de la conciencia nacional burguesa” (561).

Al mismo tiempo, la prensa periódica adquiere en el siglo XIX el carácter de un negocio rentable, pues la satisfacción del gusto del público hace que la venta en librerías y a través del mecanismo de las suscripciones sea considerable. En este sentido cabe mencionar el papel que cumple la prensa como soporte de lecturas literarias, que llegan a constituirse en uno de sus principales atractivos. De acuerdo con Alonso, en la segunda mitad del siglo se cede mayor espacio en periódicos de todo tipo a “los géneros en boga” y a los suplementos literarios, los cuales llegan a cobrar más importancia que los suplementos agrícolas, industriales o tecnológicos. Dentro de los géneros literarios más apreciados por el público de la época se encuentran los artículos de costumbres, los versos satíricos, las leyendas, los romances y la novela, que aparecía en el espacio del folletín, medio que fue empleado por importantes escritores españoles de la época como Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón y Vicente Blasco Ibáñez. Ya hacia finales del siglo XIX se impone el cuento como género innovador en la prensa, que además de entretener cumplía una función ideológica; éste es posteriormente desplazado por la crónica caracterizada, en términos de Alonso, por su “síntesis de amenidad, información, comentario, ideas y contenido histórico-psicológico” (577).

Otra de las formas impresas que llega a ser característica del siglo XIX es la producción por entregas, desarrollada entre 1840 y finales de la década del 60, que estuvo dedicada a diversas materias, aunque predominó la publicación de novelas de gran éxito comercial. Es así como Sylvie Baulo afirma que este tipo de impresos se fundamentó “en el concepto de mercancía aplicado al impreso y al libro, causa del desprecio con que durante años se ha considerado este tipo de literatura” (581). Al margen de esta contraposición entre calidad estética y éxito comercial, que sería necesario revisar a la luz de otras investigaciones, no se puede negar que las novelas por entregas fueron un estímulo para la lectura y contribuyeron a crear este hábito en los nuevos lectores, hasta llegar a considerarlo una actividad cotidiana.

Aunque los editores de esta larga *Historia de la edición y la lectura en España* reconocen que su estudio no alcanza la exhaustividad de las investigaciones llevadas a cabo en el mismo sentido en otros países europeos, es indudable que los autores logran acercarse con cierto detalle a circunstancias muy específicas del proceso, aprovechando para ello las fuentes con las que cuentan. Es así como a través del texto es posible aproximarse a las formas de difusión de los libros y los múltiples impresos; a los pasos a través de los cuales la edición se consolida como una productiva empresa; a los matices de los diferentes lectores de diferentes épocas y a la forma como se situaron frente a determinados tipos de texto; al carácter que van adquiriendo las bibliotecas, desde las privadas del siglo XVI a las de principios del siglo XX, cada vez más accesibles para un público más amplio; al papel que las ilustraciones juegan en los impresos a medida que la técnica va evolucionando; a la forma en que la imprenta alteró los métodos educativos, entre muchos otros aspectos que darían lugar a una extensa enumeración. Aquí se ha querido, solamente, subrayar ciertos elementos relevantes desarrollados a lo largo de las tres partes del libro, con el objetivo de mostrar algunas de las facetas que integran el complejo campo de la edición y la lectura en España, desde la rudimentaria imprenta del siglo XV, hasta la industria firmemente consolidada a principios del siglo XX.